

El barco nos había conducido hasta Mileto, en Jonia. El puerto estaba lleno de gente, que iba y venía. Aquello era un hervidero de lenguas, razas y vestidos: gente venida de todas partes subía y bajaba de los barcos, cargados con trigo, especias, incienso, perfumes, seda... Era una ciudad volcada al mundo. Bajé del barco y me interné en la ciudad. Caminar por aquellas calles suponía un gran esfuerzo, había que abrirse paso entre bultos y gente que transitaba por ellas. Había un hombre sentado a la puerta de una casa, contemplando el ir y venir de la gente. Una mujer, portando un cántaro, venía de frente. Decidí preguntar, buscando alguna orientación en medio de aquel laberinto.

- Por favor, ¿conoce a Tales? –pregunté acercándome a la mujer. Parecía que venía de alguna fuente, pues el cántaro estaba lleno de agua.
- ¿Qué Tales? –preguntó la mujer-. ¿El comerciante?
- No sé, no estoy muy seguro a qué se dedica. Pero debe ser alguien importante.

El hombre sentado en el portal de la casa, nos escuchaba y se animó a participar en la conversación.

- Debe ser el ingeniero...
- ¿Ingeniero? –pregunté.
- Bueno, es un poco de todo: ingeniero, matemático, astrónomo... Muchos van a pedirle consejo, pero yo creo que es un viejo loco. Todas las tardes pasa por aquí, camino de la playa –intervino el hombre.
- ¿El del agujero? –comentó la mujer mientras se ponía a reírse descontroladamente.
- Sí, ese debe ser –ratificó el hombre, que también había comenzado a reírse.

Yo los miraba sin entender en qué radicaba la gracia; así que les pregunté a qué se referían. La mujer comenzó a contar la historia:

- En una ocasión iba contemplando las estrellas y se olvidó de mirar al suelo. Él caminaba y caminaba hasta que cayó en un agujero que había bajo sus pies.
- Sí, pero, hay que reconocer que después tuvo suerte –intervino el hombre-. Antes de que empezaran los brotes, alquiló las almazaras de toda la comarca y después la cosecha de aceituna fue muy grande. Todos tuvieron que acudir a él para sacar su aceite y pidió el dinero que quiso por usar las almazaras.
- Debió ser la suerte; aunque algunos decían que él lo había previsto mirando los movimientos del cielo.
- Vete tú a saber.

Yo escuchaba atónito lo que comentaban. ¿Sería ese el Tales que andaba buscando? Percatándose de nuevo de mi presencia, los paisanos cesaron sus risas y sus comentarios y, volviéndose hacia mí, me dijeron:

- Vaya usted a la playa al atardecer. Seguro que lo encontrará allí.

Me despedí de ellos. Tenía todo el día por delante. Así que decidí pasear un rato. Por la mañana bajé al puerto. Pude contemplar cómo llegaban barcos y se marchaban incesantemente. Unos traían mercancías de Corinto, de Siracusa, de Cartago, otros llevaban especias y telas traídas de la India y Arabia. El ajetreo era constante. La aparición de la moneda había facilitado notablemente los intercambios comerciales. Las ciudades griegas, con la vista fija en el mar, sabían sacar partido de su situación, dominando el comercio mediterráneo. Mileto era una muestra más de ese auge comercial que experimentaban entonces.

Después de comer, decidí descansar un poco, junto a una fuente. Cerca había un campo de olivos y, algo más allá, unas viñas. Lo mejor era permanecer en la sombra hasta que el sol empezara a declinar. Poco a poco fui perdiendo el sentido de lo que ocurría a mi alrededor: el calor, la brisa moviendo acompasadamente las ramas del olivo, el ruido monótono de la fuente, todo me iba haciendo caer en un profundo sueño. No sé cuánto tiempo había transcurrido cuando un ruido de pisadas me hizo salir de ese sopor.

- ¡Oh! Lo siento. No quería molestarle.

Era un hombre delgado, algo alto, de unos 40 años; tenía pelo y barba canosos y se había acercado a beber agua. Cuando acabó se limpió la barba con la mano y resolló.

- ¡Qué gusto da! Es como si uno cogiera fuerzas con esta agua.

Yo lo miraba sin decir nada. Lo que decía sonaba a esas frases que solemos decir cuando no sabemos de qué hablar. Yo estaba más pendiente del personaje a quien iba a buscar al atardecer.

- ¿Me acompaña? Voy a dar un paseo.

Pensé que hacía demasiado calor para caminar, pero tampoco tenía ganas de estar más tiempo sentado bajo aquel olivo, así que me levanté y empezamos a andar.

Caminamos entre viñas. Las uvas ya estaban maduras. El hombre arrancó un racimo y me lo dio. El jugo chorreaba por mis labios y mis manos. Estaban dulces. Me sentí reconfortado con las uvas; llevaba ya unas cuantas horas sin comer. La tierra estaba húmeda y se hundía a nuestro paso, haciéndolo más lento. Había estado lloviendo durante dos días. Ahora el sol animaba a despuntar algunas pequeñas hierbas entre la tierra, dando al campo un tono verdoso. El hombre caminaba deprisa, a pesar de su gordura. No entendía para qué me había pedido que le acompañara si no comentaba nada a lo largo del camino. Íbamos subiendo un montículo. Las viñas y los olivos habían quedado detrás. Llegamos hasta unas rocas; tras ellas, aparecía una nueva fuente; su agua descendía del montículo, por la ladera contraria a la que habíamos subido y llegaba hasta una huerta. El paisaje se hacía aún más verde. El hombre se detuvo en la fuente a beber de nuevo. Yo también lo hice, no tanto por la sed, sino por quitarme la sensación pegajosa que el jugo de la uva me había dejado en la barba y en las manos. El agua brotaba muy fresca; resultaba gratificante. El hombre miró al horizonte, buscó el sol y dijo:

- Es hora de volver.
- Sí, le dije.

Yo estaba pendiente de buscar a mi personaje. Debía llegar a la playa antes de que cayera el sol. Cuando estábamos abajo, cerca de la primera fuente, le pregunté a aquel hombre qué camino debía tomar para llegar a la playa. El hombre me dijo que me acompañaba. No quería molestarle, pero él insistió en acompañarme. Tuvimos que bordear la muralla de la ciudad y luego bajar por una fuerte pendiente, hasta que alcanzamos la playa. Unos pescadores recogían sus redes. Tenían el pescado metido en unas canastas y ya se retiraban a sus casas. El sol empezaba a ponerse sobre el horizonte. Era como si el mar lo engullera, igual que hace con los barcos al alejarse. El cielo se llenó de tonos rojizos y empezaron a despuntar las primeras estrellas. Yo, sin embargo, miraba a un lado y otro, buscando quién podría ser Tales, el hombre despistado a quien buscaba.

- ¿Qué le ha parecido? –preguntó el hombre.
- ¿El qué?

El hombre se quedó extrañado y me señaló hacia el lugar donde se había puesto el sol.

- Ah, sí, muy bonito –dije sin prestar mucha atención.
- No se ha dado cuenta, ¿verdad?
- Perdone, pero es que estoy preocupado por otra cosa –contesté, intentando encontrar en la playa alguna figura humana, que no fuera la de los pescadores.
- Eso es lo que no ocurre. A veces preocupados por otras cosas no nos damos cuenta de las que tenemos ante los ojos. ¿Conoce Egipto?
- No –contesté, sin saber muy bien a qué venía la pregunta.
- ¡Es fascinante! –exclamó.
- He oído hablar de las pirámides. ¿De verdad son tan grandes como dicen?
- Sí, son grandes, pero son obras de los hombres. Siempre habrá alguien que podrá hacer algo más grande. No es eso lo que fascina de Egipto.
- ¿No? ¿Entonces, qué es?
- El río. ¿Ha oído hablar del Nilo? Cada año sube y empapa la tierra. Al bajar sus aguas, todo está cubierto por un manto de vida. Es el agua, el agua del río la que hace que surja la vida. Como aquí. ¿Recuerda las uvas? Son agua; un agua de un sabor especialmente agradable; pero todo lo reciben del agua que viene del cielo, de la lluvia.
- Sí, pero ¿qué quiere decirme con eso?
- Nosotros los griegos somos un pueblo que mira al mar. Vivimos con él y de él. Nos sirve para comunicarnos, para comerciar, nos alimenta. ¿Ha visto a los pescadores? ¿De dónde provenía ese pescado? Del agua del mar. Vivimos con el agua, rodeados por ella, alimentados por ella; pero no sólo nosotros: cada planta, cada animal, por pequeño que sea necesita agua, es como una pequeña parte del agua.
- Ahora sí que no lo entiendo –le dije.
- No me extraña –dijo el hombre–. Ha visto usted una puesta de sol sobre el mar y ni siquiera ha sentido la mínima emoción. Sin asombrarse no puede entender nada de esto; es más, sin asombrarse no puede ni siquiera preguntarse por todo esto. Bien, creo que es hora de marcharme –prosiguió el hombre.

Vi cómo se alejaba hacia la ciudad. Yo permanecí un tiempo más en la playa. Parecía que mi viaje había sido en balde; no había encontrado al hombre que buscaba.

Después de un rato, también yo decidí acercarme a la ciudad. Me metí entre sus callejuelas, que, a pesar de que la noche ya había caído, continuaban llenas de gente. Por fin llegué a la plaza: era el centro de todo: de las calles, del comercio, del trasiego de mercancías y personas. Todo llegaba allí y salía de allí. Según la atravesaba, las palabras de las lenguas más extrañas que había oído, se arremolinaban y se mezclaban; salían entre los huecos que quedaban en los apretados corrillos que llenaban la plaza. Allí se hablaba de viajes, de los peligros, los encuentros y las anécdotas que los habían llenado; las gentes de otras tierras, sus lenguas, sus costumbres se hacían presentes; el teatro, la música, las leyendas surgían en medio de cada conversación. A cada paso surgía una historia nueva. Había un grupo especialmente concurrido.

– Anda, cuéntanos cómo es eso que dices que todo está lleno de dioses –gritó uno al hombre que estaba en el centro del círculo.

Me asomé y se trataba del mismo hombre que me había acompañado esa misma tarde. Vi cómo sacaba una piedra de entre su túnica y la acercaba a un clavo que había en el suelo. El clavo se levantaba; moviendo la piedra lo hacía girar, como si estuviese bailando.

– Lo ves –dijo el hombre, mirando a quien le había reclamado-. Todo está lleno de vida. La vida nos rodea por todas partes, como el agua.

– Vaya, ya has sacado de nuevo tu tema preferido –exclamó otro hombre, situado a sus espaldas.

– Sí, pero de eso no vamos a hablar ahora. Ya estoy viejo y es hora de ir a descansar.

Se abrió camino entre el grupo, y desapareció entre la gente. El hombre que intervino en último lugar, viendo que me quedaba observando cómo se marchaba aquel hombre, se me acercó y me dijo:

– Ese que ves ahí es Tales, el astrónomo; uno de los hombres más sabios de Grecia. Hace unos años predijo cuándo se iba a producir un eclipse de sol y acertó.

¡Qué casualidad! Había pasado el día buscándolo, para llenarlo de preguntas, y sin yo saberlo, él ya me las había contestado.